

A **Claudio Giacconi** ya no le interesa que lo recuerden como el autor de **La difícil juventud**, su primer libro de cuentos, una de las obras claves de lo que después Lafourcade bautizó como "generación del cincuenta". Nosotros, sus contemporáneos, quedamos con una imagen fija de Claudio Giacconi, una imagen congelada en esa época. Es lo que suele ocurrir con los que abandonan esta angosta faja de territorio. No creemos, en verdad, en la existencia del resto del mundo, y damos por muertos a los que emprenden una viaje demasiado distante y prolongado.

Marqué un número de teléfono atribuido a Giacconi en Nueva York, animado por la idea de emprender una especie de paseo por el tiempo, y creí, en el primer momento, que la suposición criolla resultaría confirmada. El teléfono sonó ocupado durante cerca de 48 horas. Su dueño presunto, de acuerdo con la hipótesis nacional, se había convertido definitivamente en fantasma.

Lo que ocurría es que Claudio Giacconi, que ahora trabaja de noche en una agencia de prensa y que además se ha convertido en una persona más bien solitaria, poco aficionada a la frecuentación social, dedicada a la lectura, a la escritura y a la alimentación dietética, descuelga el fono en el día. A pesar de eso, pronto demostró, aparte de su existencia, su persistencia en la tarea de escribir textos narrativos. No se interesa demasiado, por eso, en lo que podríamos llamar su prehistoria literaria. Prefiere que lo juzguemos sobre la base de sus libros futuros, cosa que suele resultar un poco difícil para la crítica. La imagen del Claudio Giacconi de los años cincuenta, para mí, por lo menos, es la siguiente: un joven delgado, de aspecto algo extraño, enigmático, que de pronto parecía desprenderse de los arbustos del parque Forestal y avanzar pisando el pasto en forma cuidadosa, como si hubiera permanecido deliberadamente en la sombra, en actitud de observación distante, en ángulo oblicuo con respecto a la realidad observada. Era un lector fervoroso, más que fervoroso, casi frenético, de los narradores rusos del siglo pasado, y además, según comprobé ahora en Nueva York, de una novela inglesa de fines de siglo: **Jude el oscuro**, de Thomas Hardy. Ahora vi que Giacconi compartía la pasión desordenada, sombría, absorbente, de Jude Fawley por el mundo de los libros.

Entre los escritores de mi tiempo, Giacconi se caracterizaba, de algún modo, por el hecho de haberse contagiado con los personajes de la novela rusa del XIX. Era una mezcla contradictoria de Stavroguin y de príncipe Mishkin. de



LA DIFÍCIL JUVENTUD

endemoniado y de contemplativo inocente. Pero la obsesión central de este Jude Fawley del parque Forestal y del café Bosco no-estaba constituida por Dostoievski sino por Nikolai Gogol. Los conflictos que se le planteaban en la vida chilena de entonces eran curiosamente gogolianos. Toda su etapa final en Santiago estuvo marcada por una batalla verbal y judicial interminable con un militar en retiro, batalla provocada por confusas relaciones de vecindario y discusiones de familia. El conflicto adquirió proporciones casi nacionales, proporciones que conmovían, por lo menos, a todo el centro de la ciudad, en el triángulo formado por el café Haití, el Bosco, y otros recintos, y antes de su exilio voluntario se habían acentuado en Giacconi los gestos de hombre perseguido, de hombre en la trampa. Gogol recorría el empedrado de la calle Miraflores, mirando por encima del hombro, asediado por la hostilidad del mundo circundante.

Era una ciudad de bajos fondos, de gente insatisfecha, de burócratas empobrecidos, de jóvenes rebeldes, donde cundían conjuntamente la sensación del deterioro y la ilusión revolucionaria. El descontento y la utopía. Nos movíamos en un espacio literario que también parecía brotar de debajo del ca-

pote de Gogol, a pesar de la distancia histórica y geográfica. Pues bien, el representante de Gogol en nuestro rincón era Claudio Giacconi. Su libro sobre el escritor ruso, **Un hombre en la trampa**, fue un ejemplo de ensayo literario libre, imaginativo, ajeno a las imposiciones académicas. He descubierto que ahora se lee mejor que antes. Hay que examinar con atención las páginas sobre la censura, sobre el "lenguaje de Esopo" y las fórmulas que se utilizaban para evadir a los inquisidores de la época.

En sus textos actuales, publicados en una revista de cuyo nombre prefiero no acordarme, Claudio Giacconi ha desarrollado un contrapunto entre su vida norteamericana y un Chile que la memoria ha convertido en leyenda, el "país de la ausencia" del poema de Gabriela Mistral. Es un lugar legendario donde se conversaba interminablemente, en terrazas asoleadas, en compañía de familiares y amigos, y donde se comían picarones y otros manjares autóctonos.

La prosa del Giacconi de hoy es desenfadada, fantasiosa, con momentos de gran comicidad. A veces me hizo pensar en la posibilidad de un género picaresco de nuestro exilio. Es una prosa autobiográfica, en el sentido en que lo es, por ejemplo, la prosa reciente de Guillermo Cabrera Infante, pero ello no impide numerosas incursiones en el terreno de la fantasía pura. Mi único temor, como siempre aficionado a la lectura, es que los textos deriven hacia un experimentalismo deshilvanado, pero a Giacconi lo defiende su condición de narrador nato, de contador de historias que se enhebran una detrás de otra. "Después", dice Giacconi, acariciándose la barba entrecana, bien cuidada, "pasarán muchas cosas. Ese contrapunto entre Estados Unidos y el Chile de hace más de treinta años se desarrollará mucho..." Clava los ojos agrandados por las gafas, inquietos, en un costado. Se supone que éramos los representantes de una generación rebelde, los "angry young men", los jóvenes coléricos de nuestra remota provincia. Pero Giacconi insiste en la necesidad de comer pescado fresco y fruta, de dormir ocho horas, de no perder el tiempo en aventuras inútiles.

El sexo ocasional, escribe Cyril Connolly, es uno de los grandes enemigos de la promesa literaria. Igual que el alcohol y que los sueños diurnos. Giacconi termina de engullir su pescado y sus ojillos, aumentados por los cristales de sus anteojos, asediados por una ocurrencia súbita. Pasaron los años de la difícil juventud. No cabe duda. Y lo que permanece es el tejido de las palabras, el universo de la escritura.